

Visión del Envejecimiento a través de la Historia

Por: María Amelia González Braniella

De las culturas antiguas orientales llegó a griegos, romanos y hebreos, la idea del “SOPLO o CUANTUN DE VIDA” al ser creado el hombre por un ser supremo; dicho aliento vital se va consumiendo con el tiempo hasta llegar la muerte.

Esta creencia tiene una fuerte base en la paleomedicina euroasiática que estudia las ideas acerca de la enfermedad, vejez y muerte que tenían pueblos muy primitivos ubicados en el noroeste de Europa y zonas de la Siberia, relacionadas con la población asiática de cultura muy atrasada.

La literatura recoge a famosos personajes como Matusalén, Enoch entre otros, que alcanzaron cientos de años. Esto responde a que el promedio de vida de aquella época estaba entre los 25 y 30 años y las personas que llegaban a la longevidad se consideraban centenarios como referencia metafórica.

A través de los siglos, muchos filósofos y médicos hicieron recomendaciones para prolongar la vida o rejuvenecer. Textos remotos de China refieren que dormir con jóvenes favorecía un intercambio de energía, al sustraerle el Yang -lo positivo- y retardaría la decrepitud. En la Biblia existen varias historias relacionadas con el intercambio del soplo de vida, una de ellas es la del Rey David, que siendo anciano no podía guardar el calor de su cuerpo y para esto se le ofreció el servicio de la joven sunamita Abisag. De este relato parte el principio del **sunamismo**, que es el cuidado y convivencia con los ancianos por parte de personas más jóvenes.

Las civilizaciones clásicas nos brindaban dos paradigmas de imitación: los héroes, valientes, hermosos, audaces de corta vida, cuyas hazañas les otorgaban la inmortalidad y los ancianos, quienes con su saber promovieron el ideal del hombre estoico. Los precolombinos compartían esta dicotomía: sólo merecía la pena morir joven en combate, o muy anciano como miembro del consejo. Nuestra cultura occidental de tradición judeocristiana ha rendido culto durante siglos a estos dos modelos; la heroicidad, que enfrenta dificultades y forja el carácter y a la experiencia adquirida con los años. La vejez es por tanto la edad de la razón y la sapiencia.

En muchas zonas de estructura tribal, el envejecimiento es un proceso de representatividad positiva ya que el anciano es el sabio, el modelo a seguir, el que resiste a la muerte y las dificultades lo cual sirve de inspiración en los valores grupales. En África, el anciano no teme a la muerte pues le representa un paso, un encuentro con sus ancestros, lo cual garantiza una acción benéfica y sagrada para la comunidad.

Lo que para las culturas occidentales son síntomas de decrepitud: sordera, ceguera, pérdida de memoria y aislamiento, son para los africanos una transformación hacia una fase superior de socialización y trascendencia, es ponerse en contacto con sus antepasados, hablar y ver a los espíritus y el hecho de no poder caminar refleja un franco proceso de metamorfosis para convertirse en espíritu o *loas*, como se refleja en la cultura vudú.

Mientras más viejos, más sabios y sagrados.

En las sociedades occidentales, el enfoque es diferente, aún en aquellos países con tradición judeocristiana, donde la gerontofilia fue piedra angular de un sistema de valores y costumbres, siendo la vejez considerada como un período de soledad e inutilidad, incapacidad social donde ser viejo es sinónimo de carga y dependencia.

El primer mundo hace esfuerzos y programas de atención al anciano para la protección económica y social pero la visión tenida es profundamente asistencial y económica y se crean barriadas o pueblos solo habitados por adultos mayores donde el intercambio intergeneracional, la armonía de las edades y la transmisión de ideas, experiencias y tradiciones se ha roto. Aparecen nuevos valores favorecedores del individualismo, discriminación y aislamiento. Culturalmente el rechazo a lo viejo, la pérdida de valores humanos solidarios, pragmatismo y el rejuego de nuevos valores utilitarios, hace que la gerontocracia sea ya un concepto obsoleto en muchos lugares del orbe. Se ha comprobado que los extremos son negativos. No podemos coquetear entre una segregación y una mitificación; lo cual traería como consecuencia, una falta de visión ante esta problemática. Se impone pues, un cambio de actitud que propicie la ubicación real del anciano en su medio familiar y social.

